

EL OBRERO

PERIODICO INDEPENDIENTE

Redacción y Administración

Calle de la Soledad, núm. 3

Defensor de los intereses de la clase obrera

Precios de suscripción

0,50 ptas. al mes 1,50 trimestre

La primera derrota

Aún no se ha publicado el decreto disolviendo las Cortes y los conservadores de este distrito ya empiezan con derrotas, pues no otra cosa significa la retirada del palenque electoral del supremo cacique Torres Orduña. Por el temor de perder la jefatura el califa Torres no reparó en los grandísimos perjuicios que se irrogaban á su partido con el fraccionamiento motivado por la disidencia de Jorro; por no aparecer como causante de ese fraccionamiento, por su codicia y egoísmo personal, dejó á la Asamblea de notables ó sea de caciquillos de los pueblos, la designación de candidato para las próximas elecciones, seguro de que el designado había de ser él.

Pero con la misma habilidad que tuvo para perder los distritos de Pego y Denia, quiere acabar también en este distrito, sufriendo con su retirada vergonzosa antes de las elecciones, una derrota moral tanto ó más bochornosa que la material, suficiente para anular completamente á todo un cacique bajo el punto de vista político y de arrastrar consigo á la muerte á todo un partido que hasta hoy ha sido el más fuerte y poderoso de todo el distrito.

Y no se diga por los mismos conservadores que Torres no era el candidato propuesto; por cuanto al dejar á discreción de los jefes de los pueblos la designación de candidato, se sabía de antemano como lo sabíamos todos, que estos jefes habían de elegir á Torres. Lo que hay es que, previendo la derrota ó descalabro material en las próximas elecciones, era necesario á todo trance evitar que el cacique máximo apareciese derrotado en las urnas, ya que su derrota significaba la muerte del partido conservador y por consiguiente la pérdida del último baluarte político que le queda en esta desgraciada región de la Marina.

Pero como estos señores conservadores no cometen más que un desacierto tras otro,

le evitan á Torres una derrota en las urnas para arrastrarlo á una doble derrota moral y material. Así sucedería si el nuevo candidato que por ahora piensan presentar los conservadores en las próximas elecciones fuese derrotado en las urnas, ya que por lo pronto y después de lo acontecido en estos últimos días el descalabro moral de Torres no hay quien se lo quite, por un desacierto más, cuya trascendencia no se limita á esto solamente sino que es además una lección elocuente para que el pueblo vaya conociendo la política caciquista.

Siempre fueron los deseos del pueblo que el diputado por este distrito hubiera sido un hijo de la localidad, y jamás pudo lograrlo. Y no pudo lograrlo, porque mientras el cacique Torres tuvo asegurado el triunfo, mientras no temía á la derrota, no quiso perder su cacicato; pero hoy ante el temor de ser derrotado, ante el miedo de que se acabe su caciquismo, como seguramente se acabaría si perdiera la elección, tirándose las de patrioter, apela al ardid de darnos un candidato oriundo de este pueblo; pero no por patriotismo, porque si así fuera, debía de haberlo hecho cuando tenía el triunfo seguro; pero entonces lo quería para él, para conservar su odioso cacicato y seguir en su nefasta política que ha sido la ruina de esta hermosa región. Pero el pueblo ya sabe á qué atenerse y no se dejará engañar por un ardid tan vulgar y tan burdo, proporcionando seguramente á este político siniestro una derrota tan grande como nula es su personalidad.

La bandera roja

Envuelta entre las brumas que levantaron los errores de la historia, se la ve marchar con inseguro paso, lejos, muy lejos del lugar á que su excelsa condición la llama. ¿Quién la guía? Los parias, los desheredados, los que con brazos desnudos y el rostro enju-

to, reflejan todas las injusticias sociales.

Va rodeada de hombres de macrados, en cuya frente se ven las surgientes arrugas producidas por la vigilia y el trabajo; de jóvenes adolescentes con el vestido ajado, maltrecho y lleno de girones; de mujeres anémicas de mirada somnolienta que en vano estrechan á sus hijos hacia su seno flácido, exhausto del néctar que ha de darles la vida... Semblantes macilentos, miradas torvas, pupilas dilatadas, puños encrespados... todo, todo allí es emblema del dolor de la escasez y de la miseria.

Pero ¿de dónde viene? ¿qué hace? ¿á dónde va?

Su origen se pierde en las nebulosidades del pasado; surgió ante la imposición del primer tirano; ondeando siempre en el fondo de todas las revoluciones, ostenta como trofeos que le honran las salpicaduras de la sangre de los mártires. Su paso es vacilante, fluctuando entre el temor y la esperanza; pero marcha, marcha arrollando vestigios, salvando escollos, cayendo aquí, levantándose allá, y, aunque parezca débil el brazo que la impulsa, lleva el emblema de la solidaridad, que habrá de guarecerla de los rudos ataques con que tratan de envolverla.

Allí entre sus pliegues se agita la humanidad sedienta de verdad y de justicia; á su sombra no puede florecer el privilegio, y su constante aspiración estriba en allanar fronteras, unir naciones, consolidar la paz y elevar á la soberanía la honrosa ley del trabajo.

Escabroso es su camino; pero se nutre en la lucha para alcanzar la vindicación de los derechos conculcados. Sí, ya la aturden esos poderes absorbentes que tratan de cortar su paso. La bandera roja avanza, porque es la ley natural flotando en el ambiente nefítico de una sociedad sin base ni garantía, y todos cuantos elementos se opongan á ella, corren el riesgo de verse arrollados por la exacerbación que provocan, la tiranía que oprime, la ley que maltrata, el

caciquismo que fustiga, abusos todos del poder que simbolizan un estado de esclavitud degradante.

Desciendan del pedestal de su encambramiento todas las autoeracias que se enfiorean sobre una legislación desequilibrada, porque siendo uno de los obstáculos que detienen la marcha evolutiva de la sociedad, aun cuando constituyan hoy fuertes diques que contienen la corriente, tal será la fuerza acumulada sobre ellos, que caerán por su base sin quedar el más leve fragmento de tanta solidez.

Y vosotros también, corifeos macrachilles de la moralidad, que queréis sostener todo lo vetusto y anacrónico con los puntales, carcomidos de vuestras granjerías; no lo dudéis, seréis arrollados también por la envolvente marejada que vais creando en vuestro derredor.

Y los explotadores simoniacos de todos los tiempos, vosotros los intercesores entre el hombre y la divinidad, que no dais otra solución al hambre que la resignación pasiva, ¿creéis acaso que quedará piedra sobre piedra de vuestra nefanda Jerusalén?

Y esos capataces burocráticos, explotadores de medias tintas, que son tan humildes con los de arriba como soberbios con los de abajo; que fincen economías y arrancan presupuestos absorbiendo el oro ajeno y comerciando con la sangre humana, ¡ah! esos vana es toda su soberbia ó hipocresía porque están muy tildados en el programa de la bandera roja.

Y vosotros, los que dobláis el espinazo á todo este cúmulo de injusticias, unos por imposición y otros por ignorancia; elementos todos de difícil análisis que veis en el proteccionismo una necesidad, como si fuera lógico aspirar al favor para escarnecer la justicia; vosotros que sois el obligado combustible que mantiene el vicio de las instituciones, tened presente que si contra todos no pesa el anatema porque hay actitudes que pueden atribuirse á defensa, por lo menos, los que traspasáis los

límites de la sumisión, estorbáis también con vuestro servilismo al desenvolvimiento de la emancipación obrera.

Atrás pues, absolutismo forjado en los blasones; panigruados mercenarios; explotadores infames; hipócritas barnizados; tigres taurarados; dejad, dejad el pasaporte al santo lábaro de la redención social.

Ramón Laguna

Pozo Cañada (Albacete), 20 Julio 1905.

La educación religiosa

Plagados están de vicios nuestros sistemas educativos hasta el extremo de que todo se consigne con una fría pedagogía práctica menso educar. La educación física de nuestras escuelas es nula; la intelectual, muy deficiente; la moral, si no carece, bastante se aproxima a carecer de los rasgos de tal educación.

No vamos ahora a recudriñar todos los humores de nuestra pedagogía, á investigar todos los miedos de nuestra educación para buscar el remedio ó formar un nuevo sistema educativo. Vamos, sí, á demostrar que el sistema de educación (de *deseducación*, mejor dicho) obligatorio de nuestras escuelas, que el sistema de la educación religiosa no tiene razón de ser, está de más y debe desterrarse de las aulas de la infancia. Veamos.

El fin de la educación, como ninguna otra, es preparar al individuo á que sea capaz de gobernarse por sí mismo. Y en esto me parece que se hallarán todos conformes. El principal medio de educación es la enseñanza, pero de un modo muy particular la científica. Más veamos la manera como debe aplicarse este medio.

Dice Wye que el principio vital de la enseñanza consiste en disponer al discípulo á que aprenda por sí mismo, cosa que creo merecerá también la aprobación de todos, puesto que resulta evidente que al no preparar ó de poner al educando á que conozca ó aprenda por sí propio, tampoco lo habremos hecho capaz de regirse sin alguna ayuda, es decir, no habremos logrado el fin de la educación. Y es natural, así mismo, que al tratar nosotros de que un niño conozca las verdades por sí solo, hemos de procurar apartarle de todos los manantiales de error que puedan ofrecérsele, que debemos allanarle los obstáculos que en el paso de sus

investigaciones se le presentan, que no tendremos que enseñarle á buscar la realidad de las cosas por caminos torcidos, los cuales, ó bien no le conducirán nunca á la posesión de dicha realidad, ó quizás le retrasen su adquisición.

Examinemos ahora lo que resulta de ser religioso la educación.

Cuando queremos que un niño aprenda verdades de orden científico, que se explique con verdadero conocimiento de causa un fenómeno, si el niño piensa en la existencia de fuerzas misteriosas que la Naturaleza gobiernan, si cree en el supremo poder de las divinidades, fácil es que lleguen á dudar de cuanto la ciencia le enseña, porque uno de dos partidos, ó los dioses rigen á su antojo el Universo, ó éste tiene sus leyes inmutables, seguras, infalibles. En toda religión existen creencias que están en verdadera contradicción con las verdades científicas, y por lo tanto, educar religiosamente es interrumpir el progreso de la educación basada en la ciencia. Si la educación ha de ser científica, jamás deberá ser también religiosa; la verdadera ciencia está reñida con todas las religiones. He aquí por qué en la educación científica debe desterrarse la enseñanza de la religión; más si las razones expuestas no fuesen suficientes á probar nuestras afirmaciones, escuchemos al doctor Holmes en su *Catecismo*, pag. 112: *«Desocupación en favor de una doctrina: He aquí uno de los más abandonados manantiales de error; esto es la verdadera raíz de las ciencias; uno de los obstáculos que más le detienen sus progresos. El hombre se manifiesta por una preocupación no busca ni en los libros ni en las cosas lo que realmente hay, sino lo que le conviene para apoyar sus opiniones.»*

Se deduce, pues, que en la educación debe enseñarse al niño en la persecución de la verdad por aquellos procedimientos que estén fuera de toda superstición, de toda opinión, que al desmenuzar los fenómenos, al estudiar las cosas debemos enseñar al educando á que lo haga ausentándose de toda preocupación, porque, de lo contrario, aprenderá á ver en las cosas, no lo que hubiese, sino aquello que conviniere á sus opiniones.

«La educación debe ser religiosa porque la religión en todos los pueblos ha sido, es y será, la base del orden social.» (Rufino Blanco y Sánchez. *Tratado elemental de*

Ladajoffa, pag. 121) También es esta una creencia general, pero muy infundada por cierto, pues la religión es inútil para fortalecer la voluntad, ya que se ven á diario no pocos hombres profundamente religiosos y son á la vez tan débiles que por allí donde se encuentran en horribles estragos, ¿en qué creerá el que la mayor parte de los individuos de regular ilustración científica, sin estar aferrados á religión alguna, cumplen rectamente los preceptos de justicia ó al menos no son tan *debiles* como los religiosos? Esta es una verdad cuya enseñanza nos proporciona de continuo la experiencia. Y para que los hombres lleguen á vivir en mutuo consorcio no debería enseñárseles que les espere un premio eterno ó un castigo perenne, pues con esto se correría el peligro de que llegasen á preocuparse mucho de las cosas de esta vida y muy poco de las de su imaginaria futura, con lo que nada irían ganando. La educación moral sin apoyarse en principios religiosos, será más eficaz y fructuosa si prepara á los hombres basándose en principios científicos, si procura formar voluntades realmente libres que sepan hacer buen uso de la libertad, si tiende á armonizar los actos libres de modo que no produzcan ningún perjuicio.

La religión es incapaz de educar moralmente, los mismos hechos lo patentizan, y cuando una verdad la demuestran hecha es forzoso que se la crezca.

Un obrero

CARA Y CRUZ

Historia de un dolor de barriga

I

CARA

D. Cosme tiene tres mil duros de renta y una barriga de seis palmos de través; además es cacique político, hombre de empuje y empuje de curas y frailes hasta la pared de enfrente.

Tocan á la puerta y se presenta un criado.

—¿Qué quieres, Juan?

—Señor, aquí está el cura de la parroquia.

—¿Qué baseará el curiano? Dile que no estoy.

—Dice que necesita hablar con usted.

—Dile que no recibo.

—Cosme, por Dios!—exclama la mujer del cacique,

entrando en aquel momento— Recibe á ese señor, siquiera por cortesía. Va á decir que eres un grosero.

—No puedo tragar á esa gente aunque me la den confitada. Ya verás como viene á pedir dinero.

—Por Dios Cosme, no me sofiques... Juan, dile que entre.

Don Cosme pone cara de viagra, y entretanto álzase el portier, y aparece un sacerdote flaco y viejecito.

—Dispense usted D. Cosme,—dice saludando.—Vamos á comenzar en la parroquia el mes consagrado á las ánimas del Purgatorio, y como que hay que hacer algunos gastos, me he acordado de usted y de su señora.

—Pues ha hecho usted muy mal en acordarse.

—¿Por qué, amigo mío?

—Porque los tiempos no están para gastos. Harto tenemos con mantener los cuerpos para pensar en mantener las almas.

—¿Señor D. Cosme! ¿Qué me dice usted? Siempre le tuve á usted por buen católico.

—Y lo soy; pero no me gustan las beaterías.

—Y llama usted beaterías dar culto á Dios y rogar por las almas de los difuntos? ¡Ah! ¡Si usted supiera cuánto agradece Dios esa caridad!... ¡Si usted supiera cuánto se alcanza á veces por la intención de las benditas ánimas!...

—Pues mire usted, por ahora no necesito saberlo, señor cura; cuando lo necesite ya le avisaré á usted.

—Difía Tula, que así se llama la mujer del cacique, se pone más colorada que un pavo.

El cura toma el sombrero, y apenas si halla la puerta para salir.

CRUZ

—Tula, ¿qué dolor de barriga! deben habérseme indigestado las aceitunas.

—¡Si fueran solo las aceitunas!... Hombre, si te constas anoche todo un estado mayor.

—¿Qué dolor tan horroso! Llama corriendo al médico.

—El criado sale como una flecha y á poco llega el médico. El doctor se acerca á la cama, pulsa á D. Cosme y declara que tiene un cólico de á revienta perros, que es muy posible se lo lleve al otro mundo.

La casa se pone en movimiento.

D. Cosme al ver aquello se asusta extraordinariamente.

—¡Tula!—exclama mirando á su mujer con ojos de mo-

chuelo espantado; ¿qué dice el médico?

—Que no estás bueno.

—¡Vaya una noticia!

—Y que es preciso jeringarte mucho.

—¿Más de lo que estoy? ¿Señor, qué quieres de mí? ¡Qué desgracia! ¡Quién lo había de decir! Yo que estaba tan bueno. No os descuidéis, corred inmediatamente á la botica.

El criado vuelve á salir, y viene cargado de jaropes.

Dofia Tula, toda temblorosa, agarra el primer unto, y empieza á dar á D. Cosme restregones en la barriga.

A cada restregón el paciente pone el grito en el cielo.

—¡Tula, me muero, esto va muy mal!

—Tranquilízate, hombre, que el Señor te curará.

—Mira, podrías hacer alguna oferta.

—Encenderemos una luz á las almas benditas.

—Sí, sí, enciende una. Y si no, enciende dos que será mejor.

Dofia Tula toma un vaso, le pone agua y aceite y enciende dos mariposas.

D. Cosme sigue berreando; el dolor en vez de ceder aumenta. De repente empieza á hinchársele un lado.

—¡Tula! ¡Tula mía! Estoy peor; enciende otra luz.

—Dofia Tula, enciende otra luz, pero el dolor no cesa, y D. Cosme pone el grito en las estrellas.

—¡Tula, me muero! Las almas no quieren oírme.

—Pues no será porque no gritas.

—Es que me duele mucho el hipocondrio. Por Dios, dame

otra untura, y enciende de una vez todas las mariposas que queden en casa.

Dofia Tula, que no sabe lo que es hipocondrio, al oír decir aquello á su marido, sin saber ya lo que se hace, empiezo á sacar cacharros de aceite y arma una iluminaria tan estupenda, que los vecinos creen que se ha pegado fuego á la casa.

Entretanto, el médico, convencido de la gravedad del caso, al marcharse deja recado al Cura que vive enfrente, y éste se presenta otra vez en casa de D. Cosme.

—¡Señora, el cura de la parroquia!—dice otra vez el criado Juan.

—¡Que entre!—contestan á coro el marido y la mujer.

Esta vez el curiano, como le llamaba D. Cosme, es recibido con palmas y olivos.

—¡D. Rafael de mi vida!—exclamó doña Tula al verlo entrar.—D. Cosme está muy grave.

—¡D. Rafael de mi alma!—exclama D. Cosme con voz apagada.—Me muero.

—Pues, señores, calma—contestó el sacerdote—Calma ante todo y mucha confianza. El Señor viene visita con este trabajo. El sabrá por qué. Pero ¿á qué viene tanta luz?—pregunta sorprendido por las dos docenas de candelillas que chisporrotean apestando la habitación.

—Arden por las almas benditas.

—Pero, señora, no tanto. ¿Si creerá usted que las almas se conquistan á fuerza de aceite? Va usted á apestar la casa.

D. Rafael abre las ventanas.

Después se sienta al lado del enfermo, le consuela, le limpia el frío sudor que comienza á correr por sus mejillas y le habla algunas palabras al oído.

D. Cosme abre los ojos llenos de lágrimas y estrecha la mano del sacerdote.

Algunas horas después, el cacique de la barriga grande, el enemigo de curas y frailes, que odiaba las exageraciones y las beatitudes, hace confusión general, se retracta de los errores de toda su vida, y cubierto de reliquias, rociado de agua bendita y rodeado de luces y de imágenes, recibe los Santos Sacramentos; á poco entra en una corta agonía y deja de existir.

EPÍLOGO

Al día siguiente, á las diez de la mañana se celebra el entierro del cacique. Los amigos políticos vestidos de gala rodean la caja mortuoria esperando al clero parroquial.

A poco se presenta éste entonando salmos de aquellos que ponen á los incrédulos los pelos de punta.

—¿Cuándo acabará esta farsa?—pregunta indignado un librepensador de los más rabiosos, íntimo amigo de Don Cosme.

—¿Ha dicho usted farsa?—contesta Juan el criado, que pasa en aquel momento por entre los convidados cargado con la tapa del ataúd.—¡Cómo se conoce que no le ha dolido á usted aún la barriga!

M.

At opello inudito

á los obreros de Villajoyosa

Por segunda vez se atrevió la Guardia municipal á pisar los umbrales de vuestra casa social, sin requirimiento de ninguna clase y sin las atenciones debidas al presidente de la sociedad, única autoridad que en casos normales y ordinarios está facultada para hacer tal requerimiento. Y á todos esos que con libritos y arifuleos en la mano os pretenden demostrar el derecho que tiene la guardia municipal de penetrar en el local social, no somos nosotros los encargados de enseñarles cosas tan rudimentarias y que están al alcance de todo el mundo, pero como periodistas y ante el deber que nos impone nuestra misión, no podríamos rehuir el demostrar en una polémica seria si se presentara el desconocimiento que manifestaran tener del asunto los que al sostener al derecho no saben ni siquiera lo que se dicen.

La sociedad no tiene más que una autoridad para responder del orden, el presidente; solicitar el auxilio de la fuerza pública ó de la guardia municipal como medida preventiva, solo tiene facultades para hacerlo el presidente y nadie más; pues si los socios estuvieran facultados para ello todos vuestros actos sociales serían presenciados por la autoridad, porque si á un socio se le concede el derecho de poder llamar á los municipales para que presencien vuestras Juntas generales, no hay que negárselo á otro de que pueda llamarlos para que asistan á las Juntas directivas; y así vuestras conferencias sociales, vuestras conversaciones dentro de la sociedad, se harían siem-

FOLLETÍN DE EL OBRERO (6)

Cuento de Policio Ya di:

¡SÓLO!

ra desnudar sin peligro de ser visto. Los avellanos, macizos de verdura, no dejaban pasar los rayos del sol, que aún lucía vivo y ardiente. Allí gozaba Fresnoedo del baño más que el sultán de Turquía, acumulando salud y felicidad para todo el año. En aquel mismo sitio se había bañado de niño con otra porción de compañeros que hoy eran labradores. ¡Qué placer sentía recordando los pormenores de su vida infantil, cuando era un zagallito á quien sus padres encomendaban el cuidado del ganado en el monte ó les ayudaba en todas las faenas de la agricultura! Cuando los recuerdos de la infancia van unidos á una vida libre en el seno de la Naturaleza, por pobre que se haya sido, siempre aparecen alegres, y deliciosos.

Descansaron algunos minutos padre é hijo sobre el césped reposando el calor, y al fin se decidió aquél á ir despojándose poco á poco de la ropa. Mientras lo hacía, tataraba una canción de zarzuela de las que llegaban á sus oídos en Ma-

dríd. La alegría le rebosaba del alma. Su hijo le miraba atentamente con sus grandes ojos negros. De vez en cuando Fresnoedo levantaba los ojos hacia él, y le decía sonriendo:

—¿Qué hay, Chuchó? ¿Te quieres bañar conmigo?

Chuchó se contentaba con reír, como disiente: ¡Qué bromista es este papá! ¡Pero si no sabe que armo una escurrala cada vez que intento meterme en el agua!

Fresnoedo se bñaba enteramente de esto. Le incesantemente mucho cualquier traje de baño. En aquel sitio tenía la seguridad de no ser visto. Cuando se quedó en cueros vivos, el asombro y la curiosidad, retratados en la cara de su «Chupido», le causaron cierta vergüenza y se cubrió con la sábana. Pero Chuchó no estaba conforme y comenzó á gorjear, mientras tiraba de la sábana con sus manecitas, que su papá tenía podo en el cuerpo y que él no lo tenía y que la Tula tampoco lo tenía...

—Vamos, Chuchó, cállate—le dijo el papá con semblante grave.—No se habla de eso. Los niños no hablan de eso.

—¿Y por qué no hablan los niños de eso? Fresnoedo no contestó.

—¿Por qué no hablan los niños de eso, papá?—repitió el chico.

El comerciante quiso distraerle hablándole de otra cosa, pero Chuchó no acedó al engaño.

—¿Por qué no hablan los niños de eso, papá?

—Insistió lleno de curiosidad.

—Porque no está bien—respondió.

—¿Y por qué no está bien?

—¡Vaya, vaya! ¿Jano en paz!—exclamó en un momento de impaciencia y enfado.

Esozolo en la mañana como en un jalque moruno arrojando agua.

—Mira, Chuchó—dijo volviéndose, no te muevas de ahí. Sentadito hasta que yo salga, ¿verdad?... Mira, vas á ver como me tiro de cabeza al agua. ¡Dí, hijo! A la línea, á las dos... Mira bien, Chuchó... ¡A la treta!

Fresnoedo, que había dejado caer la sábana al der las veces y se tenía colocado sobre un pequeño cañil, lanzóse en efecto de cabeza al pozo con el placer que le hacen los hombres llenos de vida. Al hundirse su cuerpo robusto agitó violentamente el agua, produjo en ella una verdadera tempestad, cuyas gotas salpicaron al mismo tiempo. Este súbito estremecimiento y que de repente, macullado, al ver prontamente salir á su padre y nadar haciendo volteretas y capriolas en el agua.

—¡Mira Chuchó! ¡Mira!

Y se puso con el vientre arriba, dejándose flotar sin movimiento alguno.

—Mira, mira ahora.

Y nadaba hacia atrás con los pies solamente.

—Verás ahora; voy á nadar como los perros.

Nadaba, en efecto, chapoteando el agua con las palmas de las manos.

pro con testigos si cada socio estuviera facultado para llamar a la guardia municipal cuando tuviera por conveniente.

No ignora, como vosotros no ignoráis, que todo esto es obra del caciquismo, del caciquismo que os tiene declarada una guerra a muerte y que siempre encuenta materia propia y elementos dispuestos entre vosotros, para minar desde fuera vuestra existencia y combatirlos rudamente; que es obra del caciquismo, lo demuestra el que lo ocurrido últimamente en vuestra casa social era un golpe preparado de antemano (como no se percatan de decirlo públicamente algunos socios) para ver si ante la presencia de la guardia municipal os entraba el pánico y se podía conseguir el fin que se perseguía.

Y una sociedad obrera que se ve allanada constantemente por la guardia municipal; una sociedad obrera cuyo hogar debiera ser tan sagrado como el hogar de la familia; una sociedad obrera que ve arrollados no solamente su dignidad y su decoro sino el de todos los socios con la presencia en su casa de la guardia municipal, es una sociedad que enmudece ante un atropello de tamaña naturaleza y dispuesta siempre a ver frecuentados sus salones por la presencia de la fuerza pública.

Esto no puede pasar sin una protesta pública y solemne que sepa mantener a nuestras autoridades en el límite de sus respectivas atribuciones.

ORDOP SAMOT.

Semana política

¿Qué hay de los recursos contra los nombramientos de Jueces municipales, señores demócratas? Preguntamos esto, porque algunos dicen que se han perdido en el camino, mientras otros aseguran que en la Audiencia no se han recibido tales recursos.

Por vía nuestra que se han quedado asfixiados en la balsa del molino, a flores canalejistas.

Y después dirán que nuestro Alcalde no es previsoi.

Según las últimas noticias el candidato de los conservadores orduñistas ya no es el Sr. Torres sino nuestro particular amigo D. Luis Miquel.

A qué obedece este cambio señores orduñistas ¿al patriotismo ó al mediotismo? porque miedo a la derrota no hay que negar señores que hay mucho, con lo cual ustedes mismos demuestran que Jorro va derechito.

Y eso, estando muy lejos aun del miércoles de ceniza.

Ya empezamos con los cambios señores conservadores, cambios que denotan la falta de estabilidad política en ustedes, que persiguiendo y buscando la victoria no saben a qué carta quedarse.

En cambio los demócratas esperan echar pronto sobre la mesa el tute que tienen en la mano.

Por lo visto la partida es muy refida.

Todo está igual, parece que fue ayer; y aunque no tengamos agua para apagar la sed, nos irragamos cada mentira política que nos vuelven locos.

Olmos a los conservadores, todo es nuestro; hablamos con los demócratas todo para nosotros; tan solo calla el pueblo, para quien por lo visto no debe quedar nada.

Y si le queda algo será la paciencia que tiene para sufrir tanta farsa y tanta mentira.

Y mientras el nuevo candidato orduñista sale para Madrid para ver si puede lograr que Maura le acepte y encasille, el diputado Jorro y D. Gaspar Mayor salen para Alicant para arreglar lo de las situaciones y lo de los recursos.

Seguros estamos que las situaciones en que quedarán serán bastantes delicadas, porque ya van a tades como todos ellos vienen con las manos vacías.

S conecoremos a nuestros políticos.

Noticias Locales

Por el recaudador de contribuciones de esta zona se publica un edicto de cobranza referente al tercer trimestre del corriente año.

En él se señalan los días 21, 22, 23 y 24 del mes actual, de siete de la mañana a una de la tarde, para que los contribuyentes por territorial e industrial acudan a satisfacer las cuotas del trimestre antes mencionado en el local de la recaudación, sito en la calle de Colón, número 8, planta baja.

El miércoles se unieron con los lazos del matrimonio la bella y elegante señorita Isabel Sellés Mateu y el joven y experto marino D. Francisco Zaragoza.

Les deseamos una eterna luna de miel.

El día primero del actual tomó posesión del cargo de juez municipal de esta localidad, nuestro particular amigo el distinguido abogado D. Jaime Soler.

Nuestra enhorabuena.

Continuamente se ve frecuentada nuestra redacción por vecinos de la calle de Cervantes, suplicándonos roguemos a nuestra primera autoridad se sirva dar un pasito por el puente para que pueda ejercerse de que es imposible de todo punto la vida en dicha calle por los olores y miasmas que se desprenden de la balsa del molino y del Matadero.

Iguales quejas recibimos del vecindario en lo que hace referencia a la Bomba, que después de tanto trabajar para abrirla al público, resulta ahora que no hemos quedado sin agua y sin bomba.

Precedente de Madrid llegó el miércoles a esta localidad acompañado de su distinguida familia nuestro ilustre compatriota doctor Esquerdo.

Igualeméte hemos tenido el gusto de estrechar la mano del Secretario particular de tan ilustre república D. Juan Godoy.

Damos la bienvenida a estos distinguidos amigos.

Con objeto de fijar definitivamente el sitio ó punto de la presa de las aguas para el riego de los Plans, subieron hace unos cuantos días a las partidas de los Albes y acompañados por el ingeniero de la provincia, los señores D. Antonio Ruiz, D. Bartolomé Pérez, don Jerónimo Cortés y algunos más que no recordamos.

Esta política debiera ser la nuestra y no la de la utilidad personal de nuestros caciques que tan funesta nos resulta.

Imprenta de Antonio Reus Alicante

¡Con qué gozo recordaba el rico comerciante aquellas habilidades aprendidas en la niñez!

Chucho estaba arrobado en éxtasis delicioso contemplándole. No perdía uno solo de sus movimientos.

—¡Chucho! ¡Chucho! ¡Bien mío! ¿Quién te quiere?—gritaba Fresnedo embriagado por la felicidad que las caricias del agua y los ojos inocentes de su hijo le producían.

El niño guardaba silencio, enteramente absorto y atento a los juegos natatorios de su padre.

Vamos, di, Chipilín, ¿quién te quiere?

—Papá—respondió grave con su voz levemente ronca, sin dejar de contemplarle atentamente.

Una de las habilidades en que Fresnedo había sobresalido de niño y que mucho le enorgullecía, era la de pescar truchas a mano. Siempre que venía a Campizos se ejercitaba en esta pesca. Era verdaderamente notable su destreza para reconocer y batir los agujeros de las rocas, bloquear la trucha y agarrarla por las ágallas al fin. Los pescadores del país confesaban que se las podía haber con cualquiera de ellos, y se contaba que de niño había salido del agua con tres truchas, una en cada mano y otra en la boca, aunque Fresnedo no quería confirmarlo. Pues bien; en este momento le acometió el deseo de proporcionar un placer a su hijo y dárselo a sí mismo.

—Verás, Chipilín, voy a sacarte una trucha. ¿Quieres?

¡Ya lo creo que quería!

¡Pues sí cabalmente Chucho sentía mayor inclinación, si cabe, a los animales acuáticos que a los terrestres!

Fresnedo hizo una larga aspiración y se sumergió, dejando a su hijo maravillado; registró los huecos de algunas piedras del fondo, y sólo pudo tocar con los dedos la cola de una trucha sin lograr agarrarla. Como le faltaba el aliento, subió a respirar.

—Chucho, no he podido cogerla; pero ya caerá.

—¿Por qué caerá, papá?—preguntó el niño, que no dejaba escapar un modismo sin hacer que se lo explicasen.

—Quiero decir que ya la cogeré.

Otra vez aspiró el aire con fuerza y se lanzó al fondo. Al cabo de unos momentos salió a la superficie con una trucha en la mano, que arrojó a la orilla. Chucho dió un grito de susto y alegría al ver a sus piés al animalito brincando y retorciéndose con furia. Quería agarrarlo cuando paraba un instante; pero al acercarse su manecita, la trucha daba un salto y el chico estremecido la retiraba vivamente; intentaba nuevamente asirla lanzando chillidos alegres, y otro salto le asustaba y le ponía súbito grave. Estaba nervioso; gritaba, reía, hablaba, lloraba a un mismo tiempo, mientras su padre, embelesado, nadaba suavemente contemplándole.

—¡Anda, valiente! ¡Agárrala, que no te hace nada!... ¡Por la cola, tonto!... ¿Quieres que te

pesque otra más grande?

—Sí, más grande, papá. Ésta no me gusta—respondió el chiquito renunciando ya bravamente a agarrar una trucha tan pequeña.

El buen comerciante se preparó para otro chapuz; dejóse ir al fondo y con prisa comenzó a registrar los agujeros de una roca grande que antes había visto. La muerte feroz y traidora le aguardaba dentro. Metió el brazo en uno de ellos harto angosto, y cuando intentó sacarlo no pudo. La sangre se le agolpó toda al corazón. Perdió la serenidad para buscar la postura en que había entrado. Forcejó en vano algunos momentos. Abrió la boca al fin, futo de aliento, y en pocos segundos quedó asfixiado el infeliz.

Chucho esperó en vano su salida. Miró con gran curiosidad por algunos minutos el agua, hasta que cansado de esperar, dijo con inocente naturalidad:

—¡Papá, sal!

El padre no obedeció. Esperó unos instantes, y volvió a gritar con más energía:

—¡Papá, sal!

Y cada vez más impaciente, repitió este grito, concluyendo por llorar. Largo rato estuvo diciendo lo mismo con desesperación:

—¡Sal, papá, sal!

Sus rosadas mejillas estaban bañadas de lágrimas; sus ojos grandes, estabos, inocentes, se fijaban ansiosos en el pozo donde a cada instante se figuraba ver salir a su padre.